

los produxeran, los modos podrian estar por sí mismos sin dependencia de substancias; y así es falsísima la proposicion de Hobbes, que dixo, el movimiento solamente produce movimiento; y solo es verdadero decir, el movimiento es produccion de substancia activa, ó de cuerpo en movimiento, así como es efecto de la misma causa la mayor ó menor celeridad de la materia que se mueve.

sup Nuestro espíritu, que es substancia, como se ha dicho, es al mismo tiempo simple ó indivisible; porque si él distingue perfectamente todas sus ideas, reflexiones, juicios, &c. todas estas cosas deben existir en una substancia simple, pues existiendo alguna vez á un mismo tiempo, el espíritu, si fuera divisible, no las pudiera conocer ó distinguir sino sucesivamente. Si el espíritu no fuera substancia simple, ó cada parte suya seria pensante, ó lo serian todas las partes en union. Si se dice lo primero, cada parte del espíritu seria una alma, y así el alma seria indivisible, pues que tal es una substancia pensante sin partes. Mas en este caso se seguirán notables absurdos; esto es, serian inútiles las demas partes pensantes del espíritu: seria indeterminable el número de almas, ó de partes pensantes en cada hombre: unas no conocerian los pensamientos de otras: sus juicios no serian uniformes, su libertad seria muy varia, &c. &c. Si se dice que cada parte de la substancia inteligente es pensante quando está unida con las demas partes, se inferirán otros absurdos mayores; porque en tal caso, cada parte de substancia no seria pensante por sí misma, sino por razon de la union con otras; lo que le es cosa accidental, esto es, la union, que es un modo, produciria actos fisicos de entender, juzgar, querer, &c. lo que repugna á toda razon, pues los modos provienen del

obrar

obrar de las substancias. En el mismo caso no se concibe como una causa divisible obre efectos indivisibles, quales son los actos de entender &c.; ni como una cosa indivisible se reciba en partes de substancia divisible. Mas prescindiendo de estas y otras reflexiones, desde luego se ofrece como repugnante á toda razon, que la union de partes de substancia pueda mudar la esencia de estas; y ciertamente la mudaria, si dichas partes en union fueran pensantes, y sin union fueran incapaces de pensar.

III Pasemos ya á considerar la naturaleza de nuestro espíritu, substancia simple, pensante, inmaterial. Los entes inmatereales pueden considerarse de infinitas especies y relaciones: de aquí es, que distinguimos con razon algunas especies con estas expresiones: *Ente inmaterial sin ninguna relacion á lo sensible, ó ente que es espíritu puro: Ente inmaterial con relacion ó capacidad de exercitar funciones sensibles, ó espíritu humano: Ente inmaterial esencialmente dependiente de la materia en que exercita sus sensaciones.* No aparece al entendimiento humano ninguna repugnancia en concebir que se den tales entes inmatereales, independientes y dependientes esencialmente de la materia, pues aunque el hombre estuviera solo en el mundo sin bestias ni plantas, él por sí mismo podia inferir que era posible un cuerpo vegetable ó que creciese: un cuerpo que sintiese corporalmente sin entender nada: un ente que conociese imperfectamente los sentimientos del cuerpo, y obrase con esencial dependencia de él; y así podia discurrir de otros entes de superior orden, clase ó especie.

III Al referir toda esta variedad de entes, desde luego se ofrece el que anima á las bestias, cuya consideracion es necesaria para distinguir prácticamente la sublime naturaleza del espíritu humano. Yo ahora

TOM. VII.

Ll

pres-

prescindo de las nobilísimas propiedades de este, en orden á los objetos abstractos de las ciencias físicas y morales: á las conseqüencias que saca por medio de una inmensa serie de discursos encadenados y fundados sobre las relaciones y los fundamentos de ellas, que se observan en el obrar visible de la naturaleza, ó se suponen segun los principios del raciocinio metafísico, &c: prescindo pues de estos ejercicios físicos, de los de la libertad moral, de los conocimientos del espíritu, de la deidad, y de otros semejantes que desde luego nos descubren que la naturaleza del espíritu humano dista mas de la del mas perfecto bruto, que este de la tierra, fuego, agua ó ayre, y paso solamente á considerar aquellas propiedades que en los brutos aparecen de mayor perfeccion, y que son causa de aquel conocimiento material ó imperfecto, que se les suele atribuir.

Muchas experiencias convencen ser divisibles las almas de los animales, principalmente de aquellos que llamamos insectos. A la verdad es necesario confesar que en algunos de estos la naturaleza se ve obrar claramente (1) segun las mismas leyes con que obra en las plantas por una verdadera vegetacion: así vemos animales, cuya reproduccion se hace sin juntarse, y por los mismos medios que la de las plantas: la multiplicacion de los gorgojos sucede tal vez como la de las plantas, que se siembran; y la de los pólipos se hace con modo poco diferente de la de los árboles. Si el reyno animal nos fuera bien conocido, siendo innumerables las especies de insectos, no dudo que en ellos descubriríamos muchísimas especies como la de los

(1) Véase el primer tomo de la historia natural de Buffon.

los gorgojos; mas sin necesidad del conocimiento total del reyno animal, tenemos ya como cosa ciertísima que hay verdaderos animales, en los quales la naturaleza obra como en las plantas. Hacemos distincion entre los animales, distinguiéndolos en dos clases que llamamos perfectos é imperfectos; y advertimos en los primeros ciertas operaciones que parecen mostrar ó suponer algun conocimiento. Antes de examinar este punto, no puedo dexar de hacer presente que no tenemos prueba cierta de ser indivisibles (1) las almas de los animales perfectos; y que si fuesen divisibles, dificultosamente se concibe que ellas puedan tener aun conocimientos imperfectos. Mas suponemos que sean indivisibles las dichas almas, pues el que tengan ó no tengan conocimiento los brutos, se debe decidir segun otros principios que no dependen de la

(1) Me han contado testigos oculares, que la cabeza del Caiman americano ó Cocodrilo, mordía despues de doce dias cortada, siempre que la tocaban, de la misma manera que quando el Caiman estaba vivo. El P. Jumilla en su obra intitulada: *Orinoco ilustrado*, atestigua haber hecho cortar en muchas partes una culebra, y que volviéndose á unir las partes, la culebra quedaba siempre como inmortal; y solamente las partes no se unian quando se cortaba de raiz la cabeza. Los modernos suelen defender indivisible el alma de los brutos perfectos: de este sentir fueron Santo Tomás (9. de anima, art. 10. in I. dist. 8. q. 5. art. 12. cont. gentes. c. 72.): Alberto Magno (lib. 1. de anima, cap. ult. l. 2. c. 7.): San Buenaventura (in I. dist. 8.); y el P. Francisco Suarez (de anima, l. 1. c. 13.). San Agustin (l. 1. de quantitate anime, c. 31.) creyó indivisibles las almas de los insectos.

la divisibilidad ó indivisibilidad de su alma, como lo voy á probar con las siguientes prácticas observaciones.

Es innegable que en los insectos obra la naturaleza como en las plantas; pues que vemos en algunos las señales ciertas de la vegetacion, con que crecen algunas partes de sus cuerpos, y en otros vemos que su reproduccion es como la de las plantas; mas no sabemos (1) con certidumbre, si en ellos se dan algunas señales de un obrar semejante á aquel que en los animales perfectos da ocasion á suponer en estos una especie de conocimiento imperfecto. Obsérvase en los animales perfectos un obrar constante y conforme, como se advierten constantes (2) las leyes de la naturaleza: lo mismo hacen los animales pequeños de una especie, que los grandes; y quien ha visto el obrar de un

---

(1) Algunos insectos se hacen guerra entre sí, y se ofenden de un modo semejante al de los animales perfectos: no se empeñan, por exemplo, en seguir su camino por sitios en que necesariamente perecerian, ántes bien huyen de ellos; y á este modo hacen otros actos como de libertad física.

(2) Así con razon dice Plutarco en el tratado que escribió sobre el amor de los padres á sus hijos. "Quando discordemos sobre puntos importantes y necesarios, consultemos al obrar de los animales, en quienes la naturaleza es la directora. En las fieras la naturaleza conserva puras y sinceras sus leyes, ni nos debemos maravillar que en los animales se observen mejor que entre los racionales las leyes de la naturaleza; porque las plantas, que carecen de virtud imaginativa y apelativa (la qual suele pervertir el órden natural), siguen mas la naturaleza que las bestias."

un animal, ya sabe el que tiene toda su especie. Este obrar uniforme se ve aun en los ejercicios que se creen hechos con algun conocimiento, como en el defenderse, ofender, hacer caricias, limpiarse, comer, beber, &c. en tales circunstancias, y de tal determinado modo; y á dicha conformidad nada perjudica la diferencia de edades, ni del clima, sino que en todos los climas y edades hacen siempre una misma cosa, asi como los árboles producen siempre unos mismos frutos. Quien ve á un castor fabricar una casa, y á una abeja hacer sus celditas, por la perfeccion de las obras podrá sospechar conocimiento en los artífices; mas si reflexiona que las celditas, por exemplo, de todas las abejas se hacen con la misma simetría, como si fueran hechas con un solo molde; que lo mismo hace una abeja de dos meses, que otra de doce años, que lo que una hace hacen todas: que nada se hace ni se adelanta de nuevo, ni nada se dexa de lo que hacen todas, desde luego se persuadirá que este fabricar de las abejas es como el producir flores y frutos las plantas; y que el principio que mueve las abejas á hacer una fábrica (en que, como demuestra (1) el P. Scherffer, se ve practicada la sublime doctrina del libro 5. de los elementos de Euclides) es como el que obra en los vegetables, y hace que en ellos veamos maravillosa proporcion en sus flores. Asimismo, quien vea á las hormigas esconder el trigo baxo de tierra, y que muerden ó cortan su renuevo para que no retoñe; desde luego admirará una industria tan particular que podria pasar por parto de un grande ingenio; mas si reflexiona en las hormigas lo mismo que se ha dicho de

---

(1) *Dissertatio de cellulis apium à P. Scherffer, Soc. J.*

de las abejas, desde luego se persuadiría que las hormigas tiran el bocado al renuevo del trigo (que para ellas será como una golosina) sin mas conocimiento que el que pide un obrar necesario de la naturaleza. Esto sin duda debemos decir, ya porque la invariable manera de obrar es señal de una ley constante, y ya porque si tales obras en las abejas y hormigas fueran efecto del conocimiento, no se verían tan uniformes ó semejantes en todas ellas; y estos animales tendrían mayor conocimiento que los hombres, lo que evidentemente es falso. Por tanto, es necesario segun toda racional filosofia, conceder en los brutos un principio necesitante, que solemos llamar instinto natural de cada especie, en virtud del qual hacen todas aquellas operaciones, que aunque son industriosas, y casi superiores al comun pensar de los hombres, se advierten uniformes en los individuos de cada especie, y demuestran no conocimiento en estos, sino la suma sabiduría de su autor supremo.

Vemos asimismo, que las operaciones de los animales mas perfectos, se encierran siempre dentro de los límites de lo material, esto es, son de cosas gustosas, olorosas, dolorosas, ásperas, suaves, &c. todas son de principios materiales, y acaban en lo material; mas al mismo tiempo observamos, no sin admiracion, que algunos animales con la enseñanza humana llegan á hacer exácta y puntualmente cosas que no son comunes á los demas individuos de sus especies; y que la naturaleza no les hubiera enseñado, si eternamente se hubiesen mantenido en la compañía de sus semejantes; y este modo de operaciones particulares, dirigidas y dependientes de la enseñanza humana, dan fundamento para conjeturar, que en tales animales existe un ente intelectual. A la verdad, si el obrar uniforme de los animales supone en ellos una causa ne-

cesaria ó ley natural, necesitante á determinadas operaciones, se deberá decir, que el obrar sin uniformidad, y el obrar con relacion á lo que se les enseña, suponen en ellos algun ente libre é intelectual. Los efectos necesarios nos obligan á reconocer principios necesitantes; y los efectos que no aparecen necesarios, nos deben obligar á juzgarlos provenientes de los principios no necesitantes.

En fuerza de este argumento, algunos autores conceden á los animales una alma inmateral, esencialmente dependiente de la materia en todo su obrar; y esto es lo mas que se puede conceder al alma de los brutos, discurrendo filosóficamente; mas pareceme que si se reflexiona un poco sobre la notable y sensible limitacion de los que se llaman conocimientos imperfectos de los animales, se descubrirá y encontrará insuperable dificultad para darles el puro nombre de conocimientos. Se descubre y advierte claramente á la primera reflexion, que así en los animales imperfectos como en los perfectos, reyna constantemente una ley natural é irresistible, ó un principio necesitante que los dirige y gobierna en todas las operaciones que son comunes á todos los individuos de cada especie, y se puede decir que se derivan del dicho principio todas las operaciones que por sí mismos hacen todos los animales. En esta suposicion innegable, si se admite en los animales algun conocimiento, aunque material é imperfecto, es necesario concederles tambien una libertad física imperfecta: si no se les concede esta libertad, les seria absolutamente inútil qualquiera conocimiento, aunque imperfecto; y si se les concede, no se concibe ni se hace creible que todos los animales hayan de mostrarse siempre tan uniformes en las operaciones que vemos comunes á cada especie. Es comun á muchos animales hacer sus nidos, como los hom-

hombres hacen sus casas; mas si vemos que el animal de una especie no hace nido, sabemos que ninguno otro de su misma especie lo hará. De los animales que hacen nidos, los de cada especie los hacen siempre de una manera determinada; por lo que si vemos el nido del individuo de una especie, se ha visto el modelo cierto de los nidos de todos los demas individuos de la misma especie. Esta uniformidad se opone ciertamente á la libertad mas imperfecta; pues que en tales operaciones no se descubre sombra de libertad, sino efectos claros de causas necesitantes.

Hobbes (1), observando el obrar constantemente acertado de los animales, dixo: "lo que entre el hombre y el bruto forma la diferencia esencial, no es la prudencia, porque varios animales observan mas cosas que conducen á su fin, y las hacen con mayor prudencia al primer año de su vida, que un niño de diez años"; y podia decir, que un viejo de mas de novecientos años como Matusalem. Mas Hobbes ¿en qué pensaba quando llamó prudencia la manera de obrar que tienen los animales segun el instinto de la naturaleza? Podria haber dicho que las plantas son mas prudentes que los hombres; porque no yerran jamas su fin, ni los medios de llegar á él. La prudencia en el hombre hasta ahora se ha creido y llamado un acto intelectual que proviene de la observacion de la experiencia, ó de reflexiones justas, segun las máximas morales y civiles; y quando el hombre obra segun estos principios, aunque no acierte, se llama prudente, y se dice que obra con prudencia. El acierto de los animales, es efecto del instinto natural que en ellos obra directa ó indirectamente, como se explicará

(1) Leviatham citado: p. 1. cap. 3. p. 12.

rá despues. La naturaleza con su influxo directivo y necesitante suple en ellos la falta de conocimiento, y segun sus necesidades los amaestra por momentos en la ciencia práctica de quanto es necesario para su conservacion y propagacion, que son los dos objetos primarios de la naturaleza. Los progresos y efectos de la razon en el hombre, son notoriamente diferentes de los del instinto en los animales: este se perfecciona rápidamente, segun las necesidades de los animales; y la razon camina lentamente á su perfeccion con la reflexion y con la observacion de la experiencia. El hombre no acaba jamas de aprender: aunque fuera tan viejo como el mundo, siempre tendria materias nuevas de estudio, y lograria noticias desconocidas: despues de cien mil años de vida, no podria decir que sabia todas las cosas. Nosotros sabemos, ó tenemos depositada en los libros toda la ciencia de los hombres que han florecido desde el principio del mundo, y conocemos que nuestra ignorancia es mayor que nuestra sabiduría. En todas las especies de animales, cada individuo, sin mas maestro que el instinto natural, va aprendiendo lo que conduce á su estado, y llega prontamente al fin de su ciencia natural. Si un animal viviera mil años, haria en el último de su vida lo mismo que en el primero; esto es, repetiria siempre las mismas operaciones. No ha negado la naturaleza á los hombres el instinto que ha concedido á las bestias; mas hay la diferencia, como nota Pará (1), que el instinto en los hombres se halla siempre acompañado ó seguido del conocimiento

(1) *I principi della sana filosofia dell' abate Pará, traduzione francese.* Venezia, 1781. 8. vol. 2. En el vol. 1. p. 1. sec. 2. §. 2. p. 116.

miento que le observa, examina, detiene ó fomenta, le aplaude ó condena: todo esto falta en los animales, en que el instinto es una potencia ciega y necesaria, sin principios que le dirijan, sin luz que le alumbré, y sin razon que apruebe ó rehuse.

Contra esta doctrina, que demuestra la existencia cierta de un principio necesitante en los animales, se podrá hacer la siguiente reflexión. Es innegable que estos no aprenden, si no son inspirados de la naturaleza su maestra, para saber prácticamente, ó exercitar con acierto natural todo lo que conduce á su conservacion y propagacion; y consiguientemente sus operaciones, dirigidas á estos fines, provienen de la direccion de un principio necesitante, que llamamos instinto natural; pero de este principio no provienen ni pueden provenir las operaciones y habilidades que hacen los animales por medio de la instruccion humana; por tanto, parece que en estos hay principio necesitante para las operaciones dirigidas á su conservacion y propagacion; y en el mismo principio hay capacidad para aprender nuevas operaciones, ejercicios ó habilidades por medio de la enseñanza; como los hombres con esta aprenden las ciencias.

Á esta reflexión ú objeccion, el filósofo, á mi parecer, dará respuesta evidentemente clara, y fundada en la naturaleza de los ejercicios que los animales instruidos hacen, y en la manera de hacerlos. Procuraré exponerla en su verdadera y luminosa vista, analizando lo que los animales hacen con la enseñanza humana. Sin esta, los animales entre sí nada aprenden: mil animales, siempre juntos, hacen siempre lo mismo que cada uno de ellos separado: son capaces de aprender algunas cosas determinadas; no de inventar, perfeccionar lo enseñado, ni enseñar-

ñarlo. Los animales son vivientes, destinados al servicio del hombre, y son mas que vegetables. Si sus operaciones se restringieran rigurosa y físicamente á los límites de lo materialmente necesario para su conservacion y propagacion, no harian nada mas que las plantas, las cuales naturalmente se conservan y propagan. En este caso, serian infinitamente menos útiles al hombre, que las mismas plantas; pues no haciendo por naturaleza sino lo que estas para su conservacion y propagacion, tendrian únicamente la particularidad, sumamente nociva á los hombres, de andar errantes, llevando por vanguardia el estorbo, la ferocidad y el horror. Todos estos inconvenientes perjudicialísimos evitó la naturaleza, amplificando las operaciones que en los animales provienen del principio necesitante que los gobierna. Algunos de ellos aprenden, con la enseñanza ó direccion de los hombres, ciertas operaciones, que exercitan con exactitud y puntualidad; pero en todas ellas se descubren claramente los límites del materialismo mas riguroso, y de la esfera ó clase determinada en que se contienen; de modo que, si se intenta enseñarles cosas diferentes, aunque sean mas materiales, y de clase inferior, no es posible que las aprendan, por mayor y mas constante que sea la industria humana en enseñárselas. He aquí la razon filosófica con que se descubre claramente el principio influente en todas las operaciones de los animales.

La limitacion ciertísima de estos para no aprender sino determinada clase de operaciones, mostrándose totalmente incapaces para aprender otras aun mas materiales, porque son de clase diferente, nos obliga á conjeturar y á defender como cosa indubitable, que el impedimento para aprender estas últimas operaciones, no proviene de los objetos ni de la enseñanza,

sino de un principio interno, á lo ménos negativo, ó de una esencial capacidad para no pasar los límites de cierta clase de operaciones. Asimismo la dicha limitacion nos obliga á conocer, que las determinadas operaciones que los animales aprenden y exercitan por medio de la enseñanza, no son efecto de conocimiento de los objetos, ni de lo que aprenden, sino solamente de su instinto, ó ley natural necesitante, y algo extendida á las operaciones que son análogas á las necesarias para su conservacion y propagacion; y de aquí proviene claramente, que los animales aprendan las operaciones que se conforman ó favorecen los impulsos del instinto natural, y sean incapaces de aprender las operaciones que á dichos impulsos no son conformes (y mucho ménos las contrarias), aunque sean mas materiales y mas fáciles de aprender. He aquí descubierto el misterioso obrar de los animales.

Esta asercion, que nos descubre la naturaleza del instinto de los animales, se prueba claramente con la siguiente reflexion. Los animales aprenden algunos determinados ejercicios, y los llegan á hacer con mayor exáctitud y perfeccion que los hombres: no por esto se podrá decir, que los animales se aventajan á los hombres en razon. ¿Cómo pues los llegan á exceder en la perfeccion de algunos determinados ejercicios que aprenden? Los exceden, porque estos en su raiz proceden de un principio necesitante, ó del instinto natural, modelado con la enseñanza, y extendido á las operaciones, que son análogas á las que inspira su natural instinto. He aquí la razon filosófica con que, iluminado el hombre, dexa de maravillarse al ver, que un guarda de puercos, que internándose con una manada de centenares de ellos en un espeso é intrincado bosque, y manteniéndolos unidos por tres dias, los lleva á dormir al sitio en que

que hace la majada; al quarto dia les da absoluta libertad; ellos se descarrian; se alejan de la majada seis y siete leguas; andan errantes por el bosque buscando la bellota; y al caer el dia, todos, como si tuviéran relox á vista, ó fuéran llamados á son de campana, encaminándose á la majada, llegan á ella casi al mismo tiempo, sin extraviarse, y como si fuéran tirados de cuerdas que terminasen en la majada como en un centro. Esto, que parece fenómeno, se ve repetido tantas veces, quantas el guarda muda de majada. En este caso vemos, que el puerco obra segun le han enseñado: mas al mismo tiempo añade á la enseñanza una nueva perfeccion, de que no es capaz el hombre mas práctico en caminar por los bosques; pues si este se internase seis leguas en un bosque cerradísimo sin sendas, no sabria quizá dar en un mes con el sitio de la majada; y cada puerco descarriado por sitios adonde el guarda no los ha llevado, y sin atender á señal alguna, ni entender horas del tiempo, viene derechamente á la majada en hora determinada, como si fuese tirado de una cuerda; esta es el impulso de su natural instinto. Asimismo en las bestias, de que nos servimos para cavalgar, advertimos, que quando ellas han ido una vez por un sendero, no le yerran; y por esto nos abandonamos á su direccion como á la de la mas práctica guia. En estos y otros casos semejantes, en que precede la enseñanza, estamos obligados á reconocer claramente los efectos del obrar de la naturaleza, y no los del conocimiento; quando no se quiera decir que los animales exceden infinitamente á los hombres en el conocimiento; absurdo, que nunca se podrá decir; porque si tales operaciones provinieran de conocimiento, este seria de una naturaleza quimérica; ya que en ciertos ejercicios seria angélico,